

CAPITULO LXII.

Muerte de Miazochil.



GUACALCINLA, la esposa de Guatimotzin, la hija de Moctezuma y de Miazochil, al saber que habia abrazado ésta la religion de los españoles, acudió à visitarla.

—He sabido, madre mia, le dijo, que tenemos que lamentar una nueva desgracia: el que hayais sido víctima, como mi desgraciado padre y vuestro esposo, de la fascinacion de los extranjeros.

—No he sido víctima de la fascinacion de los extranjeros; es que me han hecho conocer, aunque tarde, el error en que he vivido; es que har iluminado mi razon, haciéndme comprender la diferencia que hay entre un Dios todo amor, todo caridad, todo misericordia, y las innobles pasiones que rodeaban á los dioses que hasta ahora he adorado.

—¡Ah! Callad, callad por piedad, madre mia, dijo Guacalcinla, y no irriteis la ira de nuestros dioses en estos momentos en que Guatimotzin, mi esposo, al frente de nuestros hermanos, combate por la independencian, por la gloria, por la religion de nuestra patria.

—Yo no puedo obligarte, hija mia, añadió la emperatriz viuda, á que sigas mi ejemplo; pero debo advertirte que mi resolucion es irrevocable, y que por nada del mundo abandonaré la religion que acabo de profesar.

Viendo Guacalcinla que seria inútil cuanto hiciera para disuadir á su madre, y deseando poner término á aquella entrevista que le mortificaba:

—Me retiro, madre mia, añadió, tranquila, porque he cumplido con mi deber al haceros conocer el funesto paso que habeis dado; angustiada, porque preveo males sin fin para nuestra patria; y vos, solo vos sereis la causa de ellos, porque con vuestra conducta excitareis la indignacion de los dioses y su venganza será terrible.

Miazochil quedó entregada á sus pensamientos, y durante todo el dia recordó las palabras que con acento solemne habia pronunciado su hija.

La noche la pasó en completo insomnio, y ya al amanecer, rendida por el cansancio, cedió al sueño.

El espíritu trabajado de la mujer de Moctezuma habia de resentirse forzosamente de tantas y tan encontradas emociones, como habia experimentado en aquel dia.

Así es que apenas quedó dormida, la asaltó una horrible pesadilla.

Veía una inmensa hoguera, de la que salian innumerables mexicanos pronunciando imprecaciones contra ella.

En otro grupo, en el que hervia la sangre de mil víctimas, un fúnebre cortejo de hombres mutilados, de madres que llevaban en sus brazos á sus espirantes hijos, se oía una voz plañidera, terrible, angustiosa, que le decia:

—«Miazochil, hé aquí los males causados por tu flaqueza. Aleja de tu corazon esas ideas que te han infiltrado los extranjeros, si no quieres que el luto, el espanto, la desolacion, se apodere del imperio de México.»

La infortunada india contemplaba anonadada este terrible espectáculo, y un momento despues unos gritos que resonaron en su alma, helaron la sangre en sus venas.

—«¡Maldita, maldita seas; tú, que eres la causa de las desventuras que pesan sobre tu patria, decian los dioses irritados: que los manes de las víctimas te exijan el castigo que merecen tus culpas.»

La india quería apartar con sus manos á aquella vision, y en uno de sus convulsivos movimientos despertó sobresaltada.

Habia sufrido tanto durante el sueño, que una fiebre mortal se habia apoderado de ella.

Haciendo un supremo esfuerzo, pidió auxilio, y mandó avisar al padre Olmedo, porque conocia que su vida se extinguia, y queria morir en el seno de la Iglesia católica.

Avisaron á fray Bartolomé, y aunque acudió inmediatamente á prestarle los auxilios que reclamaba su desesperada situacion, llegó tarde.

Miazochil habia dejado de existir.

—¡Que Dios acoja en su seno á esa desgraciada! exclamó el venerable anciano. Grandes han sido sus pecados, ha vivido en las tinieblas; pero al fin ha abierto los ojos á la luz del Evangelio, y como la misericordia de Dios es infinita, á estas horas su alma estará gozando de la vida eterna.

Hízosele un sencillo funeral, y después de pronunciar el sacerdote con solemne acento, con verdadera unción, el «aporta inferi. Erue, Domine, animan ejus;» después de las formalidades que prescribe la liturgia en semejantes casos, bendijo el sitio en donde habian de ser enterrados los restos de la desgraciada india.

Terminadas estas piadosas prácticas, volvió á la estancia donde se hallaban los tiernos huérfanos, que, como recordarán nuestros lectores, habian tambien recibido el bautismo, tomando por nombre el uno el de Juan y el otro el de Pedro, y después de prestarles los consuelos oportunos, les ofreció su proteccion y les tomó bajo su amparo.

Viendo que los tezcucanos no podian enviar tan pronto el refuerzo que pedia Hernan Cortés, y conociendo que aún tardarian algunos dias en terminar de reclutar las fuerzas necesarias, indicó á Velazquez la conveniencia de trasladarse al cuartel general.

El padre Olmedo, con los hijos de Miazochil, acompañado de Velazquez de Leon, y con las tropas que mandaba, abandonaron á Tezcucó y se pusieron en camino con direccion al cuartel de los españoles.

Cuando llegaron á la presencia del candillo le encontraron en una de las situaciones más desesperadas de cuantas habia atravesado.

Hemos dicho en uno de los anteriores capítulos, que después de la batalla que tuvo lugar, en la que incendiaron los españoles las casas y los templos de los mexicanos, éstos les pidieron un armisticio.

Su objeto no era otro que el de esperar nuevos refuerzos para dar una nueva batalla á los españoles.

Cuando habian ya llegado los que esperaban, ántes de romper las hostilidades celebraron un consejo los caciques y los altos dignatarios del imperio, y en él acordaron que para evitar el gran daño que causaban en sus filas las armas de los españoles, seria lo más conveniente sitiárlas por hambre.

Al tomar esta determinacion no esperaban que los españoles se rindiesen.

Conocian su inquebrantable valor, y solo se prometian que las privaciones debilitarian su espíritu, siéndoles, por lo tanto, más fácil vencerlos en la lucha.

A este fin distribuyeron sus tropas por todas las avenidas de cuartel, destruyeron los puentes que daban paso al camino de Veracruz, y esperaron confiados á que el tiempo completase su obra.

Los centinelas comunicaron á Hernan Cortés que los enemigos tenian sitiado el cuartel á mayor distancia de la que acostumbraban; que con el mayor sigilo levantaban trincheras para defender el paso de las acequias, y que estaban destruyendo los puentes y embarazando el camino de Tlaxcala.

Recibió el caudillo con alguna turbacion esta noticia; pero acostumbrado á vencer los mayores obstáculos, dictó las disposiciones más urgentes que reclamaba la crítica situacion en que se hallaban.

CAPITULO LXIII.

En el que Hernan Cortés se propone salir de la ciudad de México.



A primera determinacion que tomó el valeroso caudillo fué mandar construir un puente de madera, suficientemente sólido para resistir el peso de la artillería, y al mismo tiempo dispuesto de tal manera, que se pudiera conducir y trasportar fácilmente adonde fuera necesario.

Convocó en seguida á sus capitanes para deliberar con ellos, y ántes que acudieran éstos, se presentó ante su vista el soldado Botello, conocido entre sus compañeros por el Astrólogo.

—¿Qué te trae aquí á estas horas? le preguntó Cortés.

Botello, sin turbarse, le contestó:

—Señor, esta noche he tenido un horrible sueño. Me parecia veros paseando con triste incertidumbre, como aquel que no sabe qué partido tomar ante la gravedad de los sucesos, y al despertarme, lo primero que hice fué consultar á los astros para ver la suerte que os estaba reservada.

Aparentó burlarse el general; pero participando de la supersticion de la época en que vivia:

—¿Y qué has leído en los astros? le preguntó:

El soldado, ántes de contestarle, volvió á fijar los ojos en el cielo y permaneció durante algunos instantes mirando las estrellas que brillaban en el firmamento.

Despues, sacando de entre el peto un libro mugriento forrado de pergamino y atado con una cinta, murmuró palabras in-

inteligibles, pero que excitaron la risa de Cortés, el cual, con el buen humor que no le abandonaba ni aun en los trances más críticos:

—¿Y qué deduces de las investigaciones que estás haciendo? le preguntó.

—Leo en el porvenir que las aves carnívoras tendrán abundante alimento con nuestros cadáveres, si antes de que comience el nuevo día no hemos abandonado esta ciudad. Leo también que esta es una de las situaciones más difíciles que habeis atravesado, y que si lograis arrostrarla llegareis á adquirir gloria y provecho; pero que, si por el contrario, no venceis los obstáculos que se oponen en vuestro camino, la muerte batirá sus fatídicas alas sobre vos y sobre todos los que os acompañamos.

Y así diciendo, exhalando gemidos profundos, se alejó, dejando conmovido, á pesar suyo, á Hernan Cortés por lo que acababa de hacer.

La llegada de sus capitanes le sacó de su abstraccion, y acto continuo comenzó el consejo.

Conformes todos en que en vista de lo que sucedia era preciso alejarse de la ciudad imperial, suscitóse un nuevo debate.

Querian unos que la retirada se efectuase de noche.

Otros se obstinaban en que fuese de día, y todos presentaban razones en que apoyar sus respectivos pareceres.

Alegaban los primeros que la oscuridad de la noche protegeria su retirada, y que por lo tanto, amparados por ella les seria más fácil evadirse de la persecucion de sus enemigos; y apoyaban también su opinion en la costumbre que tenian los mexicanos de no pelear despues de puesto el sol.

Los otros, por el contrario, decian que no era prudente intentar de noche una marcha con bagajes y artillería por camino incierto, mucho menos estando tan nublado el cielo, que no se podian ver los obstáculos que pudieran hallar en su camino.

Decian también, que cuando supieran las provincias confederadas que huían cobardemente, perderian el prestigio que habian adquirido, y que, por lo tanto, lo que debia hacerse era salir peleando á cuerpo descubierto.

Hernan Cortés dirimió la cuestion, aceptando lo que proponian los primeros, y no faltan historiadores que supongan que su conversacion con Botello fué la que le inclinó á señalar aquella noche para la partida.

Terminado el consejo, se ocupó exclusivamente en activar los preparativos de aquella peligrosa expedicion.

Antes de que se retiraran los capitanes, mandó llamar á Cristóbal de Guzman, su tesorero general, y le ordenó se trasladasen á la habitacion en donde estaba el oro, plata y alhajas que le habia entregado para su custodia y conservacion.

Cristóbal de Guzman no tardó en obedecerle.

Apartó en seguida el quinto que correspondia al rey, escogiendo los objetos más preciosos y de ménos volumen, y lo entregó á los oficiales que llevaban la cuenta y razon del ejército, proporcionándoles para su conduccion una de sus yeguas.

El residuo que quedó, deducida la parte que correspondia á la Corona, le hacen ascender los historiadores más fidedignos á setecientos mil pesos.

A pesar de lo respetable que era esta cantidad, manifestó su propósito de abandonarla, y llamando á sus soldados, les habló con aquella sinceridad que siempre presidia á sus palabras.

La historia ha conservado las que pronunció en aquella ocasion solemne:

«Os he llamado, dijo, para que conozcais la resolucion que he adoptado.

«Las conquistas realizadas hasta el dia han dado por resultado reunir estas joyas y objetos preciosos que veis, además de las que se han apartado por corresponder á nuestro rey y señor.

«Vamos á partir en breve, y aunque esas joyas representan una inmensa riqueza, no es esta la ocasion de retirarla, ni tolerable detenernos á ocupar indignamente las manos, que deben quedar libres para la defensa de la vida y de la reputacion.»

Pero el ver retratado en el semblante de los soldados el disgusto que les producía abandonar aquel tesoro:

—«No debe considerarse esta retirada, añadió, como desamparo del caudal adquirido, ni del interto principal, sino como una disposicion necesaria para volver á la empresa con mayor esfuerzo.»

Quedáronse más tranquilos los que le escuchaban, y revelaron gran satisfaccion al oír de los labios del caudillo que podían aprovecharse de lo que pudieran.

Muchos, sin embargo, prefirieron estar desembarazados para la marcha; pero algunos, especialmente los que procedían de las filas de Pánfilo de Narvaez, se dieron al pillaje con la mayor avaricia.

Hernan Cortés distribuyó las órdenes entre sus capitanes, previendo con singular inteligencia los accidentes que podía ofrecer la marcha.

Formó la vanguardia, que la componían doscientos soldados españoles, con los tlaxcaltecas que mayor confianza le inspiraban y hasta veinte caballos, á cargo de los capitanes Gonzalo de Sandoval, Francisco de Acevedo, Diego de Orgaz, Francisco de Lugo y Andrés de Tapia.

Encargó la retaguardia, con mayor número de gente y caballos, á Pedro de Alvarado, Juan Velazquez de Leon y otros jefes de los que vinieron con Narvaez.

En el centro de su ejército ordenó que fuesen los prisioneros, artillería y bagajes.

Su escolta la formaban cien soldados escogidos y los capitanes Alonso Dávila, Cristóbal de Olid y Bernardino Velazquez de Tapia.

Arengó en seguida á sus soldados, haciéndoles ver la posibilidad de que, á pesar de su costumbre de no pelear de noche, les combatesen los mexicanos, y les animó con el recuerdo de los cien combates en que habían salido victoriosos para animar su espíritu.

Todos parecían gozosos de abandonar aquella ciudad, donde tan crecidos y multiplicados peligros habían arrostrado.

Hernan Cortés y Velazquez de Leon estaban, sin embargo, tristes y pensativos.

El primero retrocedía con pena en un camino emprendido con tanta fe y decision.

El segundo pensaba en Temixpa, y no podía acostumbrarse á la idea de no volver á verla.

—Si pudiera al menos darla un último y tiernísimo adios, se decía. ¡Si pudiera verter en su seno las lágrimas que anegan mi corazón! ¡Si aun la oyese una vez, una sola vez, con su gracioso, con su apasionado acento: «Yo te amo y te amaré siempre,» al menos tendría un consuelo inefable al oír sus protestas de amor.

Nunca su imaginacion le había presentado tan seductora á la jóven india.

Creía ver á sus pies á la tierna princesa, rogándole con lágrimas que no la abandonase.

Contemplaba sus hermosos ojos, fijos en él con amorosa pasion.

Otras veces, avergonzado de su flaqueza, procuraba aparentar serenidad.

Daba órdenes, las pedia, se ocupaba de la marcha; pero nada de esto lograba calmar su agitacion.

El recuerdo de Temixpa llenaba todo su sér, y en cambio Lit-zajaya no ocupaba un momento su pensamiento.

Sería poco más de media noche cuando el ejército se puso en marcha.

Asistamos á aquella terrible hecatombe, conocida en la historia con el nombre de noche triste.